

Catecismo 2219 - 2220 Cuarto Mandamiento: Deberes de los hijos – I I I -

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 2219:

El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas. El respeto a los padres irradia en todo el ambiente familiar. "Corona de los ancianos son los hijos de los hijos" (Pr 17, 6). [Soportaos] unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia" (Ef 4,2).

Nos centramos, en principio en esta afirmación: **El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar.**

El cuarto mandamiento no trata únicamente de las relaciones padres e hijos, sino de "**todas las relaciones intrafamiliares**". El hecho de que exista un respeto (o una falta de respeto), para con los padres, va a conllevar también el que exista respeto (o no) entre los hermanos, con los tíos, primos... etc.

Dicho de otra forma: "El respeto es contagioso"; y viceversa: "la falta de respeto, también es contagioso".

El respeto "se aprende", es una lección práctica de la vida. Sin darnos cuenta estamos aprendiendo a respetar o estamos siendo testigos de las faltas de respeto en el seno de la familia, que a nosotros nos van a justificar, para que nosotros las reproduzcamos.

Una de las cosas más impresionantes en las familias desestructuradas, es que, inexorablemente, se suele repetir aquello que se ha padecido. Es curioso, pero sucede.

Las familias desestructuras, casi siempre, suelen ser "hijas" de familias desestructuras.

Porque no se trata de cuestiones más o menos teóricas a las que alguien se puede adherir o no; sino que más bien son actitudes vitales que en el día a día se van aprendiendo; y es más difícil de lo que parece eso de "*Yo he visto este mal ejemplo, y yo no lo voy a repetir*".

Claro que habrá que intentarlo, pero no es tan fácil.

Al fondo, la autoridad moral que tenemos que tener todos, los padres de una forma especial. Pero la "autoridad moral" se gana día a día: **se adquiere por la virtud.**

Los padres van adquiriendo esa autoridad moral frente a sus hijos, ejerciendo bien esa autoridad, buscando el bien para sus hijos, demostrando que son capaces de olvidarse de sí mismos y de sacrificarse por sus hijos... Eso les da una autoridad moral muy grande.

Pero se puede dar un paso más: También se adquiere autoridad moral, "**sabiendo pedir perdón cuando uno se ha equivocado**". De hecho es una bobada el pensar que tu autoridad se pierde si pides perdón a tu hijo, cuando te has equivocado con él.

También los hijos tienen que ir adquiriendo su autoridad moral; en primer lugar obedeciendo, en segundo lugar colaborando en una "obediencia activa", que es capaz de no esperara que me digan las cosas, y me voy haciendo corresponsable de las cosas de casa. Y también "**pidiendo perdón con humildad**", eso es algo que dignifica a los hijos; ser pronto para pedir perdón.

Dicho de otra forma: *"El que no ha crecido respetando a sus padres, ni reconociendo su autoridad moral, y que tampoco ha ido adquiriendo su propia autoridad moral: obedeciendo colaborando; sino que ha estado siempre en una especie de competencia en un "pulso de poder"*

No es lo mismo el "poder que la autoridad moral": El poder se impone, la autoridad moral se gana.

Por eso, quien ha tenido una relación con sus padres tormentosa, quien ha estado siempre en una competencia contra la autoridad de su padre, manteniendo un pulso de poder, que no ha respetado a sus padres, en el fondo no ha respetado a Dios... **crea un infierno a su alrededor y entono a él.**

Esto es lo que viene a decir este punto, detrás de ese pulso se esconde una egolatría; está continuamente reproduciendo ese pulso. Ve a las personas en torno a él, como competidores frente a él. Si lo ha hecho con sus padres lo hará con sus hijos, con su mujer, en el trabajo... "**lleva el infierno dentro de sí**".

Por eso, hay que decir, que es importantísimo que nosotros seamos capaces...

Como decía **Giovanni Papini** (Florencia, 9 de enero de 1881 - íd. 8 de julio de 1956) fue un escritor italiano. Inicialmente ateo y escéptico, posteriormente pasó a ser un fervoroso católico. Nacido en [Florencia](#) en [1881](#) y fallecido en [1956](#) es uno de los escritores más importantes que ha dado la Italia del [siglo XX](#).)

"la obediencia nace del santo temor de Dios". El cuarto mandamiento nace del santo temor de Dios, en el sentido que reconocemos la autoridad que Dios ha delegado en nuestros padres.

Decía este autor: "*Temo a Dios, y después temo, principalmente a quien no le teme*".

Esto se podría traducir como: "*respeto a mis padres, y tengo temor de quien no respetan a los suyos*".

Se está usando la palabra "temor" en los dos sentidos: "respeto y miedo".

El temor a Dios es un sentido de "reverencia, de respeto, del sentido de la transcendencia, que si nos apartamos de Dios... ¿Qué será de nosotros?

Papini decía que solo tenemos un solo enemigo: "**el yo apartado de Dios**".

Curiosamente, el sentido "democrático de la vida", para que funcione bien y no solo sea una palabra bonita, el sentido democrático de la coparticipación etc., nace cuando alguien ha reconocido una "autoridad moral".

Si no hemos reconocido esa autoridad moral y hemos estado haciendo pulsos de poder, nos convertimos en tiranos absolutos; todo lo contrario del sentido de la democracia, de a participación...

Las familias más participativas, o que tienen un sentido más "democrático", donde todos son valorados, son aquellas donde hay autoridad moral; donde todo el mundo ha aprendido el respeto hacia los padres. Nos fiamos unos de otros. Existe una corresponsabilidad, que tiene un sentido, hasta democrático.

Dice este punto:

El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas.

Esta es la tesis: "*que cuando ha habido respeto hacia los padres, eso favorece las otras relaciones familiares*".

-Con los hermanos:

En las relaciones con los hermanos en el seno de la familia, aprendemos a no ser "el centro del mundo". Es un don de Dios, para que nosotros destronemos ese "yo", ese planteamiento egocentrista, que solemos tener.

Baste con probar que suele ocurrir con cierta frecuencia la reacción celosa que suele ocurrir en los niños pequeños cuando ven que ha nacido un hermano. Parece que son destronados.

El evangelio nos va diciendo que para seguir a Jesucristo es necesario "**el olvido de uno mismo**".

El olvido de uno mismo es "principio de salud Espiritual"; y eso se aprende desde pequeñito.

La relación con los hermanos es un primer don de Dios, una ayuda en el seno de la familia, para ese olvido de nosotros mismos, Aprendemos también, a ayudar, a corresponsabilizarnos; que no solo estemos preocupados de nuestras cosas: "*que las cosas de los demás sean las nuestras*".

Ese grito de Caín: "**¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?**".

Ese grito resuena en toda la historia cuando nosotros cometemos el pecado de pretender *desligar nuestra historia, nuestra felicidad de la de mi hermano. "hacer mi proyecto, por mi cuenta, de espaldas al de los demás"; pretender caminar por libre.*

La relación con los hermanos ha nacido y crece, del sentido del respeto hacia los padres. En ese sentido de respeto hacia los padres, también se le ha encomendado a sus hermanos menores.: "*mientras estamos fuera cuida de tu hermano...*". Al pequeño le dicen: "*respeto a tu hermano mayor y aprende de, el...*".

-Con los suegros:

Es una relación muy importante. Uno de los indicativos de que una familia tiene una salud espiritual, es ver la relación que se tiene con los suegros respectivos. Suele una de las cuestiones típicas en torno a las que se crean conflictos.

Cuando el amor esponsal es fuerte, difícilmente habrá otra prueba más irrefutable dentro del matrimonio, que ser capaz de amar a los padres del cónyuge, como si fueran los propios padres. Eso es un signo de amor irrefutable en el seno del matrimonio.

Yo no conozco un matrimonio que se haya roto y que hubiera una relación buena con los suegros –es posible que haya algún caso, pero yo no lo conozco-.

Lo que nace del espíritu evangélico es que seamos capaces de pasar del amor carnal al amor espiritual, y amar a los suegros es un amor "espiritual"; porque el amor carnal sería amar únicamente a mis padres, justificarles en todo y ver todos los defectos de mis suegros: eso sería un amor carnal.

Esto es importante, porque tenemos que cuidar esta relación; porque a veces es una fuente de conflictos.

Es cierto que cuando alguien se casa, debe de adquirir la debida independencia con respecto a sus padres: "*Por eso dejara el hombre a su padre y a su madre....*". La vida nueva del matrimonio exige la debida independencia, pero es muy importante que sea uno mismo el que vaya poniendo en práctica ese desapego a los propios padres; que no sea tu esposo o tu esposa quien tenga que recordarte ese apego, y nos estamos echando en cara mutuamente las cosas... eso es un desastre.

Y también, para que esta relación con los suegros, sea así de saludable, lógicamente los suegros tienen que colaborar. Mala cosa será que los suegros estén sembrando dificultad y cizaña en el matrimonio de sus hijos.

Termina este punto con dos citas de la escritura:

Proverbios 17, 6:

“Corona de los ancianos son los hijos de los hijos”

Se podría decir también: "*corona de los nietos es su relación con los abuelos*". Tenemos que dar gracias a Dios por el influjo tan beneficioso que tiene los abuelos en la educación de sus nietos.

En medio de esta gran crisis en la educación, en la que estamos viviendo, es providencial el influjo tan beneficioso que tiene los abuelos, que está compensando en gran parte las carencias tan grandes que existen en la generación de los padres actuales. Carencias en la transmisión de la fe, en la transmisión de ciertos valores.... etc.

No sabemos qué grado de influencia pudieron tener San Joaquín y Santa Ana en la educación de Jesús, pero posiblemente, hayan tenido más de la que suponemos. En primer lugar a través del influjo de María. La virgen María tendría continuas referencias, como tenemos nosotros, dichos, actitudes y hechos que había recibido de sus padres.

Efesios 4, 2:

Soportaos unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia

Dice San Pablo que también en la relación familiar tiene que tener la capacidad de soportarse en la caridad.

Una de las obras de misericordia espirituales es la de "**Sufrir con paciencia los defectos del prójimo**", que no cabra decir de la familia.

Quien no tiene capacidad de soportar con cariño y con caridad en la convivencia familiar; conviene recordar que en la convivencia familiar puede resultar mortificante. La vida familiar nos enseña a adaptar nuestros ritmos a los ritmos de los demás.

Es formar a una persona, con el principio tan evidente, "*que no está el solo en el mundo*".

Es muy fácil querer a una persona ideal sin defectos, a quien coincide con mis sueños. Pero esto no es así.

Esto de "**Soportarse con humildad**".

Ese refrán que dice: "El que se tiene a si mismo por maestro tienen un tonto por discípulo". Esto también se aprende en el seno de la familia. El principio de humildad, nadie ha nacido sabiendo y tiene que aprender; y tiene que tener deseos de aprender y de que le enseñen.

"Soportarse con dulzura y paciencia:

También se aprende a tener cariño y dulzura. También hay personas desabridas, que tienen esa forma displicente de tratar a los demás... Apuesto que esas personas, en el seno de la familia también les ha faltado dulzura y paciencia.

Hay un refrán que dice: "*En la calle soy paloma y en la casa soy un lobo*". A veces ocurre eso.

Por eso es importante que la dulzura y el cariño no solo sea un paripé delante de los demás, como puede ocurrir en las relaciones sociales, sino que se de en el seno de la familia, donde se nos conoce como somos. Ahí es donde tenemos que educarnos en la dulzura y en la paciencia.

Punto 2220:

Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas, de otros maestros o amigos. "Evoco el recuerdo [...] de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti" (2 Tm 1, 5).

Este punto quiere afirmar, de una manera muy clara, que si las relaciones familiares han sido sanas y han crecido de una manera armónica, se ha suscitado en nosotros un deseo de gratitud. Si somos conscientes del don tan grande que hemos recibido, nos consideramos unos privilegiados.

Una de las cosas más bonitas que suelen verse, cuando llegan unas bodas de plata; con frecuencia el sacerdote suele ser testigo de cómo algunos hijos lo viven con una ilusión tremenda, para preparar las bodas de plata de sus padres. Pero otras veces los únicos que tienen ilusión por celebrar las bodas de

plata son los padres, mientras que a los hijos les da igual. Es el drama de nuestra insensibilidad y el drama de nuestra dureza de corazón, suele ser de las cosas que más nos suelen hacer sufrir a nosotros y a los demás.

No es que las cosas, en la familia, se hagan para agradecerlas. Cuidado con esas expresiones de los padres: "*toda la vida sacrificándonos por ellos y ni te lo agradecen...*".

Pero una prueba evidente de que un amor ha sido recibido es la gratitud.

Cuando se reciben los dones de Dios, y nos abrimos a recibirlos suscitan gratitud; si eso no es así, es que en el fondo no ha recibido el don o no se ha abierto a ese don. Ha recibido lo material de sus padres pero no ha recibido lo espiritual de sus padres.

Lo dejamos aquí.